

158/159

OBRA

DILEMAS DEL PERONISMO, EDUARDO JOZAMI



Dilemas del peronismo, el último libro de Eduardo Jozami, es un objeto tan esperado como necesario. Nos internamos en sus inflexiones meditadas y provocativas, porque recorren la política argentina de los últimos sesenta años desde tres ejes nítidos: el peronismo histórico, el kirchnerismo y la cultura de izquierda. A su modo, el libro encara, los problemas fundamentales de los intelectuales contemporáneos, el objeto inasible de nuestra política, la emergencia de la lucha armada en América Latina, el estatuto de la izquierda, las transformaciones colectivas y subjetivas forjadas a partir del 2001/2003, las nuevas formas de hacer frente a los embates de una derecha despiadada que, mutando sus ropajes, urge y brama por un retorno de las políticas neoliberales y el achicamiento del intervencionismo estatal.

Eduardo Jozami es un hombre de la política, un hombre de acción, pero sabe también, de la demora en los libros y en el pensamiento. Es también un testigo extraordinario de la generación de jóvenes que en los 60 y 70 intentaron la vuelta de Perón y la revolución. Es también heredero de esa derrota y protagonista de nuevas conquistas, de renovadas esperanzas. Por eso mismo, no es menor mencionar aquí el lugar en el que tuvo lugar esta conversación: el ex centro clandestino de detención y exterminio Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), hoy convertido en Espacio para la Memoria y para la promoción y defensa de los Derechos Humanos. Allí nos recibió afectuosamente este viejo militante, Director del Centro Cultural Haroldo Conti. En memoria de los que ya no están vayan estas hipótesis y estas discusiones.

Eduardo Jozami es escritor, militante político, profesor titular consulto de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, y periodista. Ha sido director y editor de la revista *Crisis* y de varias publicaciones de política y cultura. Entre otros libros publicó *El lugar de la política* (1995), *Ya nada será igual. Argentina después del menemismo* (2000), *Rodolfo Walsh, la palabra y la acción* (2006).

-La primera pregunta que quisiéramos hacerte tiene que ver con la estructura del libro, y tu decisión de dividirlo en tres partes tan nítidas: peronismo histórico, kirchnerismo, y cultura de izquierda en Argentina. La segunda remite a la presentación que hacés en el prólogo colocando tu trabajo en el linaje de la *historia de las ideas*. ¿Cómo pensaste tu propia voz de historiador a lo largo del libro?

-El libro, como dice el prólogo, surge sin ser pensado de entrada como tal. Son algunos trabajos relacionados con mi tarea en la universidad, en buena medida tienen que ver con cursos que he dado para egresados en Historia. Luego hay otros que son más políticos, los publicados en *Confines* sobre todo. Y otros que respondieron a situaciones muy particulares. Por ejemplo, siempre me interesó Sartre, pero me puse a trabajarlo más sistemáticamente porque me habían invitado a un seminario sobre la influencia de la cultura europea en la cultura política argentina. Entonces me pareció que uno de los intelectuales que más influencia había tenido, y el que más me interesaba a mí –pensando que lo de Gramsci estaba más transitado y hubiera requerido un trabajo de otro tipo–, era Sartre. Pero más allá de que los trabajos surgen con distintas motivaciones, me parece que hay bastante unidad en el libro, en el sentido de que hay algunos temas que se replantean. Tanto cuando uno habla de la izquierda, como cuando habla de la historia del peronismo y del peronismo hoy. Cualquiera advierte que cuando uno se interesa en narrar las dificultades que tuvieron los

intelectuales peronistas con el primer peronismo, está pensando que ése sigue siendo un problema actual. Yo no quise descontextualizar el trabajo y de pronto llenarlo de notas a pie de página con referencias a la actualidad, creo que el lector se da cuenta de las relaciones. Del mismo modo, el trabajo de investigación histórica sobre Cooke intenta mostrar las peculiaridades que tuvo su trayecto durante el primer gobierno peronista y después, pero también la oportunidad de recuperar ciertos temas del peronismo de Cooke que a mí me siguen pareciendo vigentes: cierta manera de intervención en la política y en la cultura que en buena medida todavía son actuales. Lo que en principio me parecía que tenía menos que ver era el capítulo sobre la izquierda, pero uno de los trabajos dice que el principal pensador de la izquierda argentina es Cooke, y creo que eso me releva de muchas otras consideraciones. Es muy difícil para mí pensar el peronismo si no es en relación con el pensamiento de izquierda, porque ese diálogo existió en la generación de los 60. A veces un diálogo más amable, a veces en términos de confrontación, de cualquier manera eso estuvo permanentemente presente. Entonces descubrí que esos textos tenían cierta unidad, y me pareció que valía la pena plantearlos como libro, a pesar de que algunos son esbozos que espero que se desarrollen más, fundamentalmente el de los intelectuales y el peronismo

-¿Por qué llamaste al libro *Dilemas del peronismo*?

-La introducción decía "Dilemas del peronismo: una reflexión personal". Y yo había

pensado otro título para el libro que no era muy bueno a nivel editorial, algo así como "Peronismo y otras cuestiones". Pero los de la editorial vieron "Dilemas del peronismo" y dijeron "¡qué título más extraordinario!". Evidentemente era más vendedor que el que había puesto yo. El libro ha tenido una acogida muy particular porque salió después del 28 de junio, y me han estado llamando de las radios creyendo que los *Dilemas del peronismo* tenían que ver con algún tipo de respuesta a la coyuntura.

-Te preguntamos porque si hay algo que pareciera no tener dilemas es el peronismo, o al menos la figura de Perón (en un momento del texto decís que siempre pensó lo mismo: una apuesta por el mercado interno, una apuesta por la alianza entre empresarios y trabajadores...); da la impresión de que los que tienen esos dilemas son ciertos sectores de la sociedad argentina en el modo de vincularse con el peronismo. Cierta lectura de tu libro podría llevar a pensar que en realidad trata los dilemas de la sociedad argentina. Es decir: en la sociedad argentina son tanto los peronistas como los antiperonistas los que depositan sus propios dilemas en ese significativo que es el peronismo.

-Puede ser. De cualquier manera uno puede pensar que los distintos sectores del peronismo tienen esos mismos dilemas. Creo que también se podría llamar *Dilemas de la sociedad argentina frente al peronismo*, que es ya más un título para una monografía universitaria que para pretender vender un libro. Pero también podría haberse llamado *Dilemas del*

kirchnerismo, y hubiera sido más oportunista, pero a lo mejor era un poco más exacto. Porque en realidad, cuando a mí hoy me interrogan sobre estos dilemas, yo trato de llevar la conversación –porque además me interesa políticamente– a la idea de que el kirchnerismo tiene que reubicarse frente a esta situación del peronismo, no puede pensar solamente en el PJ. Es decir, a quien hoy se le plantea esta disyuntiva es al kirchnerismo.

-En la introducción, cuando resumís tu trayectoria, los problemas culturales y la historia de las ideas aparecen como un punto de llegada, como un interés que va ocupando cada vez mayor espacio en tu reflexión. Así, llegás a decir: "si efectivamente hay que pensar los problemas culturales, es porque la crisis en este país es el modo, o se da a través del modo en que las personas ven su relación con los demás". ¿Hay entonces una decisión por interrogar invariantes culturales cuyo develamiento resultaría hoy más importante que otras cuestiones ligadas a formas superestructurales de la política?

-Yo también aclaro que ése no es un camino necesario. No digo que haya que estudiar teoría política a los 20 años, economía a los 40 y dedicarse a la cultura después. Cuento mi trayectoria personal porque me parece que no es del todo arbitraria. Creo que hubo, es obvio, un gran desengaño de nuestra generación con la política, y sobre todo con la teoría política, que tenía mucho que ver con el marxismo, con la idea de la revolución, de la necesidad de que se produjera la revolución, porque al fin y al cabo había un optimismo histórico

que lo fundamentaba. Entonces cada uno lo resolvió a su manera. En el año 74, yo estaba en la Facultad de Derecho, antes de la intervención, y había un sistema de departamentos por el cual vos rotabas. En esa rotación a mí me tocó enseñar Economía Política, en la cátedra de Quiroga Santa Cruz, a quien después mataron en Bolivia. Eso hizo que me interesara un poco más por la economía, que de todos modos siempre había estado presente en la medida en que tenía una preocupación por la teoría política de raíz marxista. Y después, cuando estuve preso, era más fácil leer sobre economía –no sobre economía marxista, claro– que sobre cualquier otra cosa. Tuve que preguntarme de algún modo si eso tenía que ver solamente con las circunstancias o si había una decisión. Estaba demasiado confundido a partir de esta imposibilidad de pensar la revolución. Entonces dije "bueno, vamos a estudiar cómo funcionan estas sociedades en la economía". Y la verdad es que no me vinieron mal esos años de estudio que se prolongaron porque estuve casi veinte años como titular de una cátedra de Economía en la UBA. Pero en última instancia las decisiones económicas tienen que ver con situaciones políticas, y eso llevó a que me replanteara otra vez un mayor interés por la política. Hice algunos trabajos que tenían que ver con la crisis política, la crisis de representación, y después llegó la idea de que había algo más que la crisis de los partidos políticos; era preciso pensar desde el punto de vista de lo que estaba pasando en la sociedad y en la cultura argentinas. Gradualmente, volví a plantearme algunos de los temas que me parecían centrales

de la cultura argentina, y apareció esta cuestión de los intelectuales y el peronismo, que tiene mucho que ver con mi libro sobre Walsh [*Rodolfo Walsh: la palabra y la acción / RSO*]. Era una asignatura pendiente escribirlo, porque yo había estado ligado a la figura de Walsh. Y con gran sorpresa de los lectores, sobre todo de mis amigos, que esperaban un libro fundamentalmente político, le dedico largas páginas al Walsh escritor y me meto con temas como la ficción y la no ficción, que nadie esperaba que yo abordara. A partir de la experiencia con el libro de Walsh, que me llevó varios años de trabajo y muchas discusiones, naturalmente empecé a plantearme este tema más general de la relación de los intelectuales con la política. Ahí también viene Sartre obviamente, y esta especie de ida y vuelta con la política *política*. De pronto vino el conflicto del campo, la crisis, y uno tuvo que ocuparse más de la política. Pero seguramente el modo en que yo analizo el antiperonismo en estos artículos es distinto a lo que hubiera planteado hace unos años. Porque las citas son de escritores, trato de encontrar algunas vinculaciones con el antiperonismo de los intelectuales. Pero contestando más concretamente la pregunta, yo creo que sí, que efectivamente hay un problema cultural que hoy me interesa profundizar.

-A propósito de esto último, en la primera parte desarrollás muy bien esta particular historia de desencuentros entre los intelectuales peronistas y el propio movimiento peronista, en las figuras de Scalabrini y Jauretche, pero también con hombres fuertes del movimiento como

Cooke, que es diputado. ¿Cómo explicás esa tensión? ¿No tiene un componente trágico? Por otro lado, ¿cómo evaluarías la relación del actual gobierno con los intelectuales afines, pensando, aunque no exclusivamente, en Carta Abierta?

-Creo que el desencuentro histórico tiene algunos componentes muy circunstanciales, muy personales, como por ejemplo los primeros enfrentamientos de Jauretche con Perón ya en el año 45. Pero hay otro componente no sé si decirle estructural, que tiene que ver más con cómo Perón pensaba la política, con un cierto pragmatismo. En el libro señalo que es muy curiosa la relación de Perón con los intelectuales y con él mismo como intelectual, porque Perón es quizás el más intelectual de los presidentes argentinos, es el que más libros leyó, el que más clases dio, el que más escribió... Sin embargo tiene una relación muy difícil con ellos. Y claro, como además de ser un intelectual era militar, y era un gran político y pensaba con ese pragmatismo de los grandes políticos, tenía desconfianza hacia los intelectuales. A los intelectuales nacionalistas los llamaba "piantavotos", a los intelectuales propios no les decía eso pero tal vez no pensara cosas excesivamente distintas. Hay otros componentes personales, porque evidentemente Perón no resignaba ningún espacio importante. Astrada podría haber sido el filósofo del peronismo, y Perón el líder, y Jauretche podría haber sido el gran asesor político del peronismo, y Scalabrini podría haber sido el teórico de la idea antiimperialista; como si todos armaran un gran consejo presidido por Perón. Pero esto no fue así, porque el dis-

curso del Congreso de Filosofía lo dijo Perón y hasta el día de hoy no sabemos quién lo escribió. Y con Jauretche, Perón tuvo unos recelos permanentes, que tenían motivos reales; no era sólo paranoia de Perón. Si uno lee la trayectoria de Jauretche, y esto cierto peronismo más litúrgico lo ha negado o no ha querido verlo, ve que Jauretche siempre fue peronista pero nunca le importó demasiado la figura de Perón. Perón sospecha que Jauretche puede arreglar con Sabattini en el 45 y dejarlo a él en el camino, y es una sospecha razonable. Porque Jauretche siempre dijo: "a mí me interesan estas ideas". Con el golpe del 55, la gran paradoja de Jauretche es que es uno de los que más resiste y tiene un gran protagonismo, saca periódicos, se tiene que exiliar en Montevideo, pero al mismo tiempo es uno de los más dispuestos a escuchar a Frondizi cuando empieza la propuesta de integración. Pero insisto, más allá de todas estas explicaciones que tienen que ver con los personajes, y con cierta característica del liderazgo de Perón, la relación con los intelectuales fue siempre para el peronismo un tema de importancia secundaria. Perón nunca vio a los intelectuales como un grupo que tuviera que jugar un rol importante elaborando propuestas en el seno del movimiento. Trató de que los intelectuales no peronistas no estuvieran donde podían molestar, por ejemplo en la universidad, donde podían tener una tribuna más importante y con más alcance político. Pero donde molestaban menos, por ejemplo en las editoriales, no sólo los dejó estar sino que parece que los hubiera fomentado. Evidentemente otra de las conclusiones que hay que que

sacar es que al gobierno peronista le importaba menos ese espacio de la cultura letrada, de los libros.

Creo que el kirchnerismo tiene diferencias y continuidades respecto de esta manera de mirar a los intelectuales. La diferencia es que en el discurso oficial hay una consideración mayor por ellos. No existe para nada ese antiintelectualismo que se le atribuyó al primer peronismo (por supuesto que para hacer esa atribución algo en qué apoyarse había). Pero lo que me parece que no ha cambiado es que sigue existiendo cierto modelo de conducción política que es el de Perón. Es la idea, que se le critica al actual gobierno y al anterior, de que deciden en círculos muy chicos, y que no construyen espacios de participación y de debate más amplios en los que la participación de los intelectuales sería más importante. Esto es tan cierto hoy como en el primer gobierno peronista. Con la diferencia de que ahora puede tener consecuencias más graves, porque el soporte político de este gobierno es más débil que el que tenía Perón. En algún momento él pudo darse el lujo de no otorgarles mucha importancia ni a los intelectuales ni a los sectores medios, porque tenía un apoyo popular tan desbordante que parecía bastarle para gobernar. Después se vio que no era tan así, pero durante unos años se pudo creer eso. La situación actual es diferente.

-La hipótesis parece ser que Kirchner es el presidente más peronista o que más responde al peronismo histórico, que conduce, hablando de la conducción, de un modo muy parecido a Perón. Una de las críticas que se le ha hecho al kirchne-

rismo es la falta de articulación durable. O bien porque fracasó el proyecto de la transversalidad, o bien porque se refugió en el PJ. En ese sentido, según tu hipótesis, algo del viejo modo de conducción del propio Perón está ahí, en que nada se consolide demasiado.

-Sí, yo creo que hay algo de eso. La diferencia es que Kirchner intenta la transversalidad, porque más allá de que tenga este estilo peronista de conducción, él sabe que en el 2003 no lo está apoyando la fuerza principal del peronismo, y tiene que empezar a construir otra cosa, o por lo menos pensar otro tipo de alianzas. Pero yo señalo en el libro que en el fracaso de la transversalidad hay responsabilidades compartidas. Porque más allá de que muchos de los dirigentes de centroizquierda convocados se miraron al espejo y no sabían si tenían que ir o no, el gobierno no mostró un interés desmedido por insistir. Ante las primeras dificultades se recurrió al Partido Justicialista, que aparecía como más seguro, un aparato poderoso. Pero más allá de la relación con los intelectuales y con el PJ, me parece que todos los dirigentes peronistas de cierta importancia tienen el modelo de Perón en la cabeza. Eso ha dejado una impronta tal que cualquier militante de unidad básica, ante una discusión entre dos, trata de ponerse en el medio pensando: "¡hay que conducir!". Es una jefatura que arbitra, que dialoga, pero que conduce, que nunca se pone al mismo nivel que los otros. No es el comité central de los partidos revolucionarios antes del estalinismo; es la fuerza política que reconoce un conductor.

-También es cierto, a propósito de esa diferencia que marcás, que es difícil sostener que hubo masas que desbordaron al gobierno y que el gobierno frenó, a diferencia incluso de lo que uno puede pensar respecto del primer peronismo. Se podría pensar que operó una cierta prudencia en un dispositivo representacional bastante debilitado.

-Eso tiene que ver con la coyuntura del 2003. El triunfo de Kirchner tuvo mucho que ver con la casualidad, porque sacó el 22 o 23 por ciento de los votos en la primera vuelta. Quiere decir que llega al gobierno, no sólo sin gente que se matara por apoyarlo, sino a su vez sin un consenso muy sólido en la sociedad. Rápidamente, con algunas medidas va despertando simpatía. Pero no había una sociedad preparada para, o sectores sociales –nunca es el conjunto de la sociedad– importantes, que pudieran seguir presionando sobre esas medidas del kirchnerismo. Por ejemplo, el movimiento de derechos humanos fue superado en muchos aspectos por las medidas de Kirchner, porque después de tantas dificultades y derrotas durante años era muy difícil imaginarse que se iban a derogar las leyes de impunidad y que íbamos a estar discutiendo acá en lo que fue la ESMA. Quizás, lo que hubiera podido resolver esto era una comprensión por parte del gobierno de que había una necesidad de construir un sustento político distinto. Pero, efectivamente, tampoco se vio presionado en ningún sentido para hacerlo. Porque, como Kirchner era peronista, las fuerzas que podían apoyar este rumbo del kirchnerismo –muchas de las organizaciones sociales, muchos de los

grupos políticos, muchos de los intelectuales– de entrada tomaron distancia. Y los que sí acompañaron eran relativamente débiles, y también fueron incapaces de diseñar una propuesta común, para ver si podían ser algo más que interlocutores del gobierno.

-En la primera parte del libro detectamos una serie de ideas que nos resultan tan interesantes como discutibles. Una de ellas es la hipótesis respecto de que explicar la modernización post 55 requiere pensar que la misma ya tenía sus bases materiales y simbólicas antes. Es decir, hay líneas de continuidad: no se explica lo que sucede después del 55 sin pensar lo que sucedió durante la década anterior. Ahora, nuestra pregunta es si sigue siendo fértil pensar esta ruptura en términos de atraso-modernización / modernización-atraso. Sobre todo por el uso que hacés de Benjamin y de otros autores que desconfían de la progresión histórica.

-Lo de la “modernización” en realidad yo lo tomo como un término que se utilizaba, que estaba como establecido. Lo que se decía es que después del 55 hubo una modernización en la universidad, que ésta se había puesto a tono con lo que estaba pasando en el resto del mundo, mientras que en el peronismo la universidad estaba un poco recluida. Pero de ninguna manera quiero tener una visión lineal, y menos sustentar la teoría que se enseñaba en esos tiempos en Sociología sobre el pasaje de la sociedad tradicional a la sociedad de masas. Lo que intento decir es que no se puede pensar toda esa transformación

que se dio en buena medida en la universidad pero también en la vida cultural del país después del 55-56 sin el proceso de transformación social que supuso el peronismo. Es decir, el peronismo no resolvió algunos de los problemas que en la universidad va a encarar Risieri Frondizi. Pero el peronismo transformó las universidades en universidades de masas y contribuyó a que se plantearan otro tipo de problemas. Lo mismo puede decirse de los públicos del cine, teatro, lectores, etc. Además de eso, cito la revista *De frente* para mostrar que no sólo el peronismo creó las condiciones de ese cambio cultural que se da después del 56, sino que de alguna manera hay antecedentes previos (hay teatros independientes, hay publicaciones que se ocupan de eso), para hacer menos drástico ese corte. Porque este es uno de los grandes problemas que tienen que ver con lo que pasó en los 60 y 70, y también con el distanciamiento de los intelectuales y el peronismo. Yo estuve en la universidad post 55. Y era una universidad autónoma, donde se debatía lo que uno quisiera, donde había gobierno tripartito, elecciones, cátedras libres... ¡lo que no había eran peronistas! Algo muy curioso, porque eran la mitad del país. El 9 de junio del 56, cuando se produce el levantamiento de Valle, ese mismo día, el ministro de Educación de Aramburu en un acto en Córdoba garantiza que la autonomía universitaria sería respetada. Y la universidad hizo uso de esa autonomía e ignoró absolutamente lo que pasaba afuera. Entonces llegó a ser un problema político profundo: ¿hasta dónde se puede seguir avanzando al margen de lo que está pasando en la sociedad y en la política

argentinas? Es decir, ¿hasta dónde se pueden construir universidades modernas y supuestamente progresistas con gobiernos autoritarios? Esto es lo que creía resolver Timmerman cuando dice “nosotros apoyamos a los militares pero podemos ser de izquierda en lo cultural”. En un artículo contrapongo a Walsh y a Timmerman, analizando el desengaño frente al frondizismo de amplios sectores. Pero unos fueron los que se desengañaron porque Frondizi no cumplió con su programa (*Contorno* por ejemplo), y entonces empezaron a pensar propuestas más radicales. Y otros fueron los que aceptaron el giro de Frondizi hacia el desarrollismo pero más tarde comprobaron que no había podido cumplir ese nuevo programa y entonces pensaron que los que podían llevarlo a cabo eran los militares, como hizo Timmerman. Entonces ahí aparecen dos lecturas distintas de la política argentina, pero las dos con la misma pretensión de expresar los cambios ocurridos en la sociedad. Por eso *La opinión* (y antes *Primera plana*) podía ser un diario que en lo cultural se consideraba de izquierda o al menos abierto a todas las manifestaciones progresistas. No es casual que después de eso, una de las características de los años 70 sea un desinterés y casi un desprecio total por lo que debía haber sido una concepción de la universidad como tal. Se veía la universidad como un espacio para hacer política, era como la revancha de lo que había pasado antes. Antes la universidad avanzaba de espaldas al peronismo, ahora vuelve el peronismo y nosotros somos la universidad.

-En los años 80 y 90 algo de ese fondo estuvo presente, porque el retorno de la democracia colocó a la universidad ante un segundo momento de 'modernización'. De alguna manera, los años 90 también tienen que ver con esa defensa a ultranza de la autonomía que proponía una especie de pacto: se podían avasallar los derechos de los trabajadores mientras no avasallaran los derechos de la universidad. Es una especie de pacto extraño pero que quizá tiene ver con este problema que arrastramos hasta el presente, pues la discusión sigue abierta. Vos participaste del proceso de refundación de la universidad en esos años, ¿qué sucedió entre los 80 y los 90?

-Participé menos activamente de la política universitaria en esos años; fui profesor, y hacia fines de los 80 consejero de los profesores en Sociales, pero en general no estuve muy metido. La diferencia es que esa universidad de los 60 había hecho grandes reformas y resguardó su autonomía frente a una sociedad convulsionada, donde el peronismo era el actor político más importante. En los 80 no sé si hubo tanta distancia o ruptura entre la universidad y la sociedad. De algún modo, se democratizaba la universidad (con los límites con que pensaba la democracia el alfonsinismo) y la sociedad también. Surgía también la renovación peronista que era un intento de adecuar el peronismo a ciertas normas que parecían necesarias en todo partido político democrático. Pero es cierto que no hubo en la década del 80 un pensamiento muy claro para adecuar la universidad a lo que estaba pasando. Me parece que vivimos un

momento de transición, que terminó siendo, tal vez contra los deseos de Alfonsín, el prólogo del menemismo.

-Entre los elementos de continuidad cultural en la discontinuidad histórica vos señalás el antiperonismo persistente de las capas medias.

-En efecto, hoy coexisten dos fenómenos que parecen contradictorios: por un lado, un discurso antiperonista fuerte, pero al mismo tiempo, un acercamiento de casi todos los sectores al peronismo. Porque existe la idea de que para gobernar hay que tener alguna relación con el peronismo. Hasta Cobos, que ahora parece el candidato natural del radicalismo, tiene que hablar con peronistas. El caso más increíble es que Carrió –que es como la expresión emblemática del antiperonismo hoy– tiene dirigentes peronistas en la Coalición Cívica. Ellos creen que hay que tener una "pata peronista". También está De Narváez, que hace cosas que parecen muy contradictorias, pero que no tienen que ver sólo con su oportunismo, sino también con la curiosa situación del peronismo en la actualidad, donde hay momentos en los que parece que es todo y otros en los que no es demasiado. Por ejemplo, De Narváez hace encuestas antes de las elecciones en el Gran Buenos Aires, para ver si tiene que tener un discurso peronista o no. Y no siempre la respuesta es: "sí, hay que ser más peronista". A veces resulta que a la gente no le importa si es peronista o no, sino si es un buen candidato, si le tiene confianza, si le gusta, etc. Por otro lado, el tipo se compra la biblioteca de Perón, que es como com-

parse el peronismo. Es como *obligar* a que se lo reconozca como peronista. Ahora, ¿por qué resurge el discurso antiperonista? A mí me parece que tiene que ver con que a partir de Kirchner el peronismo vuelve a relacionarse con los aspectos más radicales, más transformadores, más populares de su historia. Cuando el peronismo era Menem, no había antiperonismo, al contrario, la derecha estaba con el gobierno. La renovación peronista, en general, fue saludada como una demostración de madurez democrática por todos los partidos. Con Kirchner el peronismo se puede asociar nuevamente con la posibilidad de un cambio significativo. Entonces uno tiene que pensar dos cosas: una, que ese antiperonismo estaba subyacente en la cultura argentina, y otra, que eso no es tan difícil de retomar porque el discurso antipopular por excelencia en Argentina está construido sobre la base del antiperonismo. Por ejemplo, Rodolfo Walsh tardó muchísimo en ser peronista. Recién a partir de reflexionar sobre lo escrito en *Operación masacre* empieza a rechazar al antiperonismo. Pero él escribe cuentos cuando todavía está lejos de ser peronista ("Cartas" o también "Fotos") donde describe a los personajes del campo de la provincia de Buenos Aires y muestra que el rechazo al peronismo es la concepción antipopular por excelencia.

-Pareciera que ese rechazo al peronismo se sustancia más como antikirchnerismo que como antiperonismo. ¿Qué es lo que hace que las figuras de Néstor Kirchner y Cristina Kirchner generen tanto odio?

-Considero que existen el antiperonismo y el discurso antikirchnerista; por momentos se diferencian, por momentos se superponen. Me parece que el discurso antiperonista aparece, por ejemplo, cuando se habla de los pobres. Hasta cuando habla un dirigente peronista de los pobres. Cuando se les echa la responsabilidad a los pobres por el tema de la seguridad. O cuando se distingue en los medios entre "vecinos respetables" y "piqueteros amenazadores". Ahora, es obvio que la oposición está afilada hacia el kirchnerismo. Y con el argumento de que el kirchnerismo no es peronismo en realidad; un discurso antiperonista acusa al otro de no ser el verdadero peronismo.

-Vos también ligás este fenómeno con la tradición republicana, con la figura de Carrió.

-Carrió ha hecho una involución, ha ido cambiando de un modo muy curioso. Ella aparece como oposición a De la Rúa, como una expresión de avanzada en el Partido Radical que critica las políticas de la Alianza que continúan las del menemismo. En esa época cantaba la marcha peronista, no tenía problemas en vincularse con cualquier sector de izquierda, he asistido con ella a actos con dirigentes de las villas. Además de eso, hay una cosa muy significativa. Recuerden que Carrió hablaba del "parto", del cual no ha vuelto a hablar. Ésa es una expresión acuñada por FORJA, era la idea de que uno estaba construyendo un nuevo país más popular, más equitativo, más justo, más independiente que el anterior. Sin embargo ahora habla de "la república", es decir, habla del pasado.

-La república como reparación y no como promesa de futuro...

-Exactamente, porque la "república" está atrás. Por eso la asocio con el Pinedo de *En tiempos de la República*; Carrió fue a un congreso de educación y habló de "los tiempos en que la educación argentina era una educación en serio", pero ¿de cuándo estaba hablando? Del peronismo no estaba hablando, sino del período anterior.

-Parecería que para Carrió se trató de la república siempre que se le asignen a ciertos personajes –y a ella misma– la tarea de interpretar y por ende tutelar al colectivo social. Lo que incomoda mucho del discurso de Cristina Kirchner es que cuando habla parece que le enseña a la gente y ese tono argumentativo cae mal en ciertos sectores medios porque es muy difícil asociar la institución de la enseñanza con figuras del peronismo. Eso causa repulsión. Esta idea está en tu libro: parece que las clases medias tuvieran –y Carrió sabría interpretarlas– una misión tutelar sobre el resto del cuerpo social.

-“Los vamos a rescatar”, dice ella hablando de los pobres. “Los pobres están cautivos hoy del clientelismo y nosotros los vamos a rescatar.” Me parece interesante esto de “la misión”. Eso es del radicalismo; lo que sucede es que estaba más o menos claro que la cuestión de la “reparación” había surgido en contra del fraude, en el sentido republicano de abrir la participación política, y con ciertos contenidos populares indiscutibles. Carrió ha ido cambiando el discurso, de manera que la

misión hoy ya no es la de FORJA; la misión es salvar a los pobres, aunque para salvarlos haya que darle menos importancia a sus votos y a su participación. Por otro lado, es cierto que hay un tono de expositora en Cristina que molesta a ciertos sectores medios, pero no sé si hay que conceder eso, no sé si tienen derecho a molestar. Es increíble que muchos sectores del movimiento feminista subestimen el fenómeno de tener a una “mujer” en el gobierno. En vez de decir “qué bien que habla” –la verdad es que habla mucho mejor que el común de los presidentes argentinos–, dicen “mirá el tonito”.

-Hay algo que discutíamos entre nosotros respecto del resultado de las elecciones del 28. Algunos dicen que para el kirchnerismo el problema no fueron tanto los aciertos ni los errores como los gestos que estuvieron de más o de menos: el gobierno comunicaría mal lo que hace. Otra línea interpretativa afirma lo contrario: el kirchnerismo tiene el revés que tiene por lo que hizo bien, fue por eso que generó mucha irritación. En ese marco, la última elección hablaría de cierto sinceramiento, es decir: buena parte de la sociedad argentina no está tan dispuesta a implicarse en ciertas discusiones para lograr una sociedad más igualitaria. ¿Cómo evaluarías entonces este fuerte contraste entre el apoyo de hace dos años y el último resultado electoral?

-Si uno tiene que elegir entre las dos, preferiría decir que el gobierno tiene los enemigos que se merece. Hay una oposición muy fuerte por las cosas que hizo. Pero creo que sería malo quedarse solamente

en eso, porque no todos los enemigos que tiene son “irrescatables”. Hay razones para entender por qué los sectores medios, a pesar de no haberse vistos perjudicados por sus políticas económicas, tienen esta actitud frente al gobierno. Uno tiene que pensar si se ha hecho todo lo posible por ganar a algunos de estos sectores. Para eso hay que repensar el 2001. Creo que hubo dos almas del movimiento que se dio en el 2001: una fue la que impulsaron con fuerza los medios, la defensa de los ahorristas, el rechazo de la política, del estado y de todo lo que se asociara con lo público; la otra fue la reivindicación de la solidaridad social y de otras formas de organización popular ante esa misma crisis. Bueno, por ahora parece ser que van ganando los primeros. Y Kirchner tiene que ver con el 2001. Ese acontecimiento fue para la gente una comprobación del fracaso de la política neoliberal, y esto llevaba a quien quisiera ser gobierno a pensar de otra manera. Pero me parece que el kirchnerismo se ha quedado a mitad de camino. La política había ido perdiendo sentido, porque nadie podía pensar razonablemente que algo iba a cambiar por medio de la política. Sin embargo, yo veo que el kirchnerismo, cuando plantea su política de derechos humanos, deroga las leyes de impunidad, termina con las relaciones carnales, produce un giro importantísimo en la política argentina, y otra vez mucha gente puede pensar “desde el gobierno se pueden hacer cosas, tiene sentido votar a uno y no a otro”. Es como un estímulo a la participación política. Pero creo que se quedaron allí. Generar desde el gobierno una serie de medidas que devolvieran el sentido a la

política es la primera parte de un proceso que te puede permitir volver a convocar cierto entusiasmo; el segundo tiene que ver con la apertura, con el debate, con cierto sentido más militante de la política, y ahí es donde el kirchnerismo se quedó. Volviendo al tema de los “irrescatables”, uno no puede decir “todos los sectores medios de la sociedad argentina son irre recuperables para una propuesta popular”. Si no, mejor dedícase a otra cosa, porque este país no va a cambiar su estructura social y de repente tener un 70 por ciento de obreros. Hay que reivindicar la política por encima de cualquier determinismo estructural. Si el campo fue capaz de convocar a la sociedad argentina y hacerse pasar por el pueblo, quiere decir que no es que los discursos son independientes de los intereses y de las medidas de gobierno, sino que hay un espacio para el debate político, cultural, ideológico. Eso el kirchnerismo lo resignó demasiado.

-Quizás porque el kirchnerismo carga con el legado trunco de Alfonsín -profundizar la política de derechos humanos luego del Juicio a las Juntas-, el desgajado estatal que generó el menemismo, el fracaso del Frepaso, el 2001, la deuda social, laboral, educativa. Parece un milagro que lo que llamamos kirchnerismo todavía dure. Nosotros tenemos la sensación de que hay un tejido de militancia escaso y que recién el año pasado con el conflicto del campo se abrió una discusión un poco más interesante. Precisamente en tu libro detectás algo apenas mencionado en el conflicto con el campo y que es muy significativo: el kirchnerismo, a diferencia del primer

peronismo, sí intentó colocar su fuente de legitimidad en el voto, en las instituciones de la democracia. Sin embargo, nada se le ha criticado a este gobierno más que su falta de institucionalidad.

-Sí, evidentemente los sectores que acosumbran subirse al discurso más institucional son los que por otro lado están más en contra del kirchnerismo. Pueden enviar las retenciones al Congreso y eso no cambia nada, hay que oponerse igual que antes. ¿Cómo reaccionamos frente a esto? Porque yo creo que está claro que el tema institucional no explica la oposición que hoy tiene el kirchnerismo. A lo mejor sí puede explicar el tema del Indec (que en algún punto es un tema institucional) y cierto mal humor de algunos sectores que a lo mejor podría haberse neutralizado. Pero me parece que a los ruralistas y los sectores medios que se movilizaron –tampoco fue toda la sociedad– en general no les preocupa el tema institucional. Muchos de ellos fueron el apoyo de la dictadura. Lo importante es pensar cómo el gobierno puede recuperar la iniciativa política en estos casos. Porque por más que muchos opositores digan cosas burdas, mentiras, lecturas muy simples de la realidad que se agigantan por los medios, la cuestión no es solamente de comunicación, también es un problema de cuál es el discurso del gobierno. Porque cuando se afirma que “el gobierno no sabe comunicar”, ¿qué quiere decir esto? Está bien, se puede comunicar mejor o peor, se puede utilizar mejor o peor el Canal 7 o la Radio Nacional, pero en realidad hay problemas con la elaboración de un discurso en el cual el gobierno no ha avanzado. Se tomaron una serie de

medidas cuya lectura casi obligada es decir que se trata de un gobierno de centro-izquierda, pero se dijo muy poco para explicarlo, para explicar qué venía después de eso, cuál era el objetivo a mediano plazo, qué sectores sociales se convocaban para llevarlo a cabo. Se ha generado un gran vacío sobre cuál es la palabra del gobierno, cuál es su pensamiento, qué piensa Kirchner del peronismo. No es un tema de seminario académico, tiene que ver con quitarle armas a la oposición, para decirles “ustedes no pueden levantar el peronismo, el peronismo tal como nosotros lo entendemos es otra cosa”.

Este gobierno es claramente el mejor gobierno que hemos tenido en muchísimos años, eso me parece indiscutible. Ahora, hay que preguntarse si, por ejemplo, después de haber conseguido las paritarias (con todo lo que eso significa: aumentos de salario, mejor distribución del ingreso o un renovado lugar para los sindicatos en la sociedad), puede resolver el problema de los sectores que no están integrados al mercado de trabajo. Porque si no, el hecho de que hayas gobernado bien cinco años no influye ni en el voto ni en la actitud de la gente que está pensando que todavía no les tocó a ellos o que lo que les tocó fue insuficiente. Hay que ver cómo se puede hacer para encarar estas asignaturas pendientes en una situación política mucho más difícil. El gobierno necesita mucho más que antes hacer algunas cosas para salir de esta coyuntura. Necesita profundizar su política social en una situación de crisis económica y de fortalecimiento de los sectores opositores empresariales (al campo se ha sumado de algún modo la Unión Industrial). Pero

también es preciso que dé una señal política por fuera del Partido Justicialista, mostrar que no va a estar dependiendo simplemente de su apoyo. Por otro lado, el gobierno necesita sostenerse. El sostén requiere de los votos en el Parlamento. En esta situación se van a polarizar dos posturas: una va a decir “defendamos la gobernabilidad a ultranza, no hagamos cosas raras; éste no es el momento de avanzar porque hay que defenderse”; otra es la que piensa que para que el kirchnerismo pueda subsistir como proyecto político en la Argentina se tienen que hacer algunas cosas ahora. Yo me inclino más, sobre todo emocionalmente, por esta segunda lectura, pero al mismo tiempo creo que para nadie es indiferente el tema de la gobernabilidad. Todo está condicionado a las posibilidades que se tenga de sostener el gobierno.

-Para ir cerrando la conversación, Eduardo, nos interesaría preguntarte ahora sobre el tercer momento del libro, donde das una discusión acerca de la cultura de izquierda en Argentina. Empezás con una cita de Lanzmann: “La izquierda escapa a toda definición estática. No es una idea constituida de la que podamos inventariar el contenido. Existe, pero como un rechazo. Y no es posible captarla sino a través de la porción de realidad contra la que se rebela”, y un par de líneas más adelante seguís con otra cita muy significativa, que es la de Mariátegui: “La fuerza de los revolucionarios no está en su ciencia, está en su fe, en su pasión, en su voluntad. Es una fuerza religiosa, mística, espiritual. Es la fuerza del Mito”. Parece haber una tensión entre las dos

¿no? Por un lado, una concepción de la izquierda dinámica, progresiva, sin atributos, con cierta idea de justicia pero que se va redefiniendo en la praxis. Por otro lado, la idea de Mariátegui del mito, de la fe, de esa voluntad de recrearse una y otra vez, pero ya no en un sentido progresivo. Habría, para decirlo de alguna manera, líneas epistemológicas y políticas que están ahí siempre en tensión. ¿Trabajás con esas dos líneas?

-Sí, pero yo no lo veo contradictorio. Lanzmann piensa una izquierda basada en una idea genérica de justicia, pero no una propuesta cerrada. No creo que esto sea contrario a la idea de Mariátegui, cuya reivindicación del mito es un cuestionamiento al marxismo ortodoxo. Veo las dos líneas, por lo menos en lo que a mí me interesa señalar en ese artículo, como confluyentes. Por lo demás, lo del mito puede ser tan dogmático como el estalinismo. Construí un mito y pretendés deducir todo a partir de éste. Pero no era ésta la postura de Mariátegui. En última instancia, en la lucha política necesariamente se gestan mitos: el peronismo, la justicia social, terminan siendo mitos, pero que uno se permite interpretar de diferentes maneras. Me parece que son bastante sintetizables las dos perspectivas. En ese artículo me interesa decir que la izquierda, para subsistir, no puede seguir apegada ni a la idea ingenua del progreso ni a la idea de que hay un sector social predestinado. Tiene que construir su política a partir de valores más generales. Creo que es imposible que no se construyan mitos, la lucha social y política se hace a través de la construcción de mitos.

-Quizás en la cita de Lanzmann aparecía la idea de que la política de izquierda es ante todo *negativa*, en el sentido filosófico de Adorno. Ser de izquierda es ser crítico. La figura del mito, en cambio, parece ser más afirmativa. Ser de izquierda, en este otro sentido, sería trabajar sobre la interpretación de ese mito.

-Claro, pero no es exactamente lo mismo la idea de la crítica en la Escuela de Frankfurt que la idea de contra qué lucha la izquierda. Porque Lanzmann no está hablando de "la realidad que se critica", sino de "la realidad contra la que se rebeló". Los obreros se rebelan contra la explotación, los ciudadanos contra la tiranía. Ese libro de Lanzmann es de la década del 50. En los 60 yo no hubiera coincidido con esa cita.

-¿Por qué no?

-Porque en los 60 era un poco más marxista. Y creía que ser de izquierda era, por un lado, luchar contra la explotación y contra todo lo que motivaba nuestra rebelión, pero, al mismo tiempo afirmar una idea de sociedad futura, que era lo que diferenciaba una propuesta revolucionaria de raíz marxista de las otras. Pero las experiencias que hemos tenido me han llevado a pensar que tal vez el núcleo más rescatable del pensamiento de izquierda sea el inconformismo, la lucha contra el *statu quo*, el no renunciar a la idea de cambio. En ese sentido, volviendo sobre la figura del mito, puede ser útil la referencia a Laclau quien rescata la idea soreliana de mito pero cuestiona la productividad política de la noción de utopía. Como Sorel,

Laclau rechaza toda visión definitiva de la sociedad futura, pero valora el rol que cumplen las imágenes míticas, las construcciones de futuro que guían la lucha social. En este sentido, la reivindicación mariateguiana del mito –obviamente influida por Sorel– puede dialogar sin grandes tensiones con la idea de Lanzmann sobre una izquierda en permanente redefinición.

-Siguiendo con estas figuras de la crítica y la denuncia, una conclusión a la que se puede llegar es que el tuyo es un libro *contornista*. Primero porque mantiene aquello que rescatás del número que *Contorno* dedica al peronismo. Segundo, porque la apuesta del texto es que para entender algo sobre el kirchnerismo, e incluso para hacer una tarea que este último no hizo, es preciso interpretar al peronismo. Y en el libro, quienes parecen haber interpretado mejor al peronismo desde el punto de vista intelectual es el grupo de *Contorno*. Además porque es un libro que se llama *Dilemas del peronismo* y termina con un texto sobre Sartre. Es decir, es imposible sin la revisión de *Contorno*.

-Sí, es cierto, pero en un punto haría una salvedad. No diría que la mejor relectura del peronismo la hace *Contorno*. En el 56 eso fue muy importante. Más adelante uno advierte que fue una postura ecléctica y casi obvia, pero en ese momento fue importante que en pleno frenesí antiperonista de pronto alguien afirmara que no todo lo referido al peronismo era condenable. Es decir, había que explicarse por qué los trabajadores apoyan al peronismo.

Ustedes saben que la idea central del editorial de ese número de *Contorno* está tomada de un texto de Alberdi sobre las dos tradiciones que se rechazan, la unitaria y la federal. Y en el caso de Alberdi, también haría una salvedad. A mí me gusta ese texto. Pero Alberdi y la generación del 37, después de haberse postulado para ser los intelectuales de Rosas, terminaron en la oposición más furibunda. Eso no fue más que un momento de lucidez, para decirlo de algún modo, donde dijeron nosotros tenemos que separarnos del unitarismo y plantear algo distinto. En el caso de *Contorno*, yo marco que siguió siendo una influencia importante porque es también la que orienta la ruptura con el frondizismo. Y eso para mí fue particularmente significativo porque fue mi primera experiencia política. Además ese número de *Contorno* expresa posiciones muy distintas. Desde el artículo de Oscar Masotta contra el antiperonismo colonialista hasta el de Rodolfo Pandolfi –ahora escribió una apología de Aramburu junto con Rosendo Fraga– que es claramente antiperonista. Pero es como un momento que contribuyó a la posibilidad de discutir, como contribuyó Martínez Estrada cuando se enfrenta con Aramburu. Si tuviera que decir qué lectura del peronismo finalmente me pareció más importante, diría que es la de John William Cooke y eso explica también mi posterior ingreso al peronismo.

-En un mesa en homenaje a Oscar Terán, vos ligaste su figura con la de Carlos Olmedo. En tu libro también aparece una mención a Olmedo. Nos interesaría que dijeras dos o tres cosas acerca de quién fue. Porque su figura aparece en el libro

vinculado a un un axioma que es otro de los hilos conductores: entender al peronismo es entender la experiencia política de la clase media argentina.

-Olmedo fundamentó el pasaje al peronismo desde una perspectiva guevarista, retomando una idea de Cooke. Este había dicho en varios de sus escritos que el peronismo no era otra cosa que el ropaje, la identidad política, que se dan los sectores sociales que participan del proceso de liberación. Olmedo fue el dirigente más importante de las FAR que, como ustedes saben, era un grupo guevarista que terminó acercándose al peronismo. Olmedo –que era muy ingenioso y escribía muy bien– sostuvo: "nosotros no nos hacemos peronistas, siempre lo fuimos aunque no fuéramos concientes de ello". Idea discutible, porque hay una decisión de hacerse peronista, reconocerse peronista. Pero me parece que había una parte de verdad, en el sentido de que lo que se estaba haciendo era una experiencia de trabajo conjunto con el peronismo revolucionario. Y no se distinguía mucho lo que pensaba alguien que no se decía peronista de lo que pensaban los que sí lo eran. A Olmedo lo matan en un operativo en Córdoba en octubre del 71. Y su muerte es anterior al giro que hará primero Montoneros y después también las FAR, viendo ya menos la política de largo plazo, la lucha prolongada, y afirmando que hay que salir a pelear por la vuelta de Perón, para que pueda haber elecciones. Este es el movimiento político que va a hacer que Montoneros crezca como lo hizo. Es obvio que es imposible saber que hubiese pensado Olmedo. Por eso marco la fecha, porque él seguía pensando hasta

ese momento en un proceso de guerra largo y no veía –ninguno de nosotros veía– la posibilidad de un retorno de Perón a corto plazo. Eso también simplificaba mucho la cuestión del peronismo, porque Perón era una especie de líder estratégico que no intervenía en la coyuntura, una referencia histórica. En el libro cito una frase que me acordé de golpe, un diálogo que tuve con un pibe de la JP que me dijo: “qué lástima el viejo, nosotros le ofrecíamos ser un líder histórico y quiso volver a gobernar”. Porque efectivamente el supuesto compartido era que Perón no volvía.

-Antes de ingresar a las FAR, Olmedo había escrito un texto con Terán donde criticaban a Sebrelí a partir de la figura del *bastardo*. Tiempo después se encuentra en el corazón del peronismo diciendo que siempre había sido peronista.

-En realidad, entre el artículo que sale en *La rosa blindada* –del 66– y la declaración de que somos todos peronistas hubo como cuatro años. y hay que aclarar que Terán no se acercó la peronismo con las FAR sino más tarde en el 73. Olmedo había estado en el PC. Figura en el libro de Isidoro Gilbert sobre la Fede que ha provocado tantos escándalos. Se acerca en el año 66 (ahí lo conozco yo) a Antonio Caparrós, padre de Martín y psicoanalista que se había ido del PC, que tuvo bastante notoriedad en su momento. De ese proceso, de muchos grupos como esos, deseos de vincularse con la experiencia del Che en Bolivia, después surgieron las FAR. Luego de que el Che es derrotado hay otro intento para ver si se seguía con lo de Bolivia. Siguieron desarrollándose

como grupo acá y aparecieron en el año 70 con la toma de Garín. Olmedo era un tipo que se expresaba con una precisión notable, un compañero muy inteligente. Pero se habla muy poco de él, y eso tiene su explicación. Más allá de que fuera alguien muy talentoso, de que su pensamiento iba más allá del foquismo –en esa coyuntura todos estábamos medio atrapados por eso–, él después no participa de la experiencia más política del 72-73 y entonces queda muy ligado a esa época de lucha armada clandestina. Tampoco escribió demasiado, un poco porque estaba en la militancia clandestina y otro poco porque murió muy joven.

-¿Y el vínculo con Althusser?

-Estuvo en París, pero no creo que haya sido tan discípulo de Althusser como se dice. Leíamos juntos Althusser, me acuerdo que leímos *La revolución teórica de Marx*. En esa época hubo un curioso althusserianismo, porque se podía ser foquista y althusseriano. (No conocíamos entonces la crítica muy seria que Althusser había hecho a su ex discípulo Régis Debray). Era más difícil ser foquista y gramsciano. Como Althusser tenía menos que ver con la política, bastaba con adoptar el castrismo y darle cierta pátina de cientificidad. Hay un artículo de Olmedo donde él sostiene que el castrismo es el leninismo para América Latina. Carlos tenía mucho de eso, cierta necesidad de fundamentación teórica fuerte, y allí se advertía la marca de Althusser.

-Antes de leer tu libro veníamos discutiendo a propósito de ciertas figuras de los

textos literarios que nos interesan para pensar la cultura argentina, y una de ellas es la figura de lo monstruoso. En tu texto encontramos tres figuras muy potentes con las que la literatura leyó al peronismo: el *engaño*, la *irrealidad* y lo *monstruoso*. Lo que mostrás es la fragilidad de esas figuras, sobre todo la del *engaño* y la de la *irrealidad*, porque rápidamente pueden mostrar su fracaso. Sin embargo, no pasa lo mismo con la de lo monstruoso, no simplemente por el sentido más despectivo en que se la ha pensado sino porque sirve al propio peronismo. El peronismo puede ser pensado como ese híbrido difícil de asir, que puede lo mejor y también puede otras cosas.

-El otro día volví a leer *Dr. Jekyll y Mr. Hyde* de Stevenson. Borges decía que era un placer del que no hay que privarse. También puede leerse como una metáfora del peronismo. El movimiento es *Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, lo bueno y lo malo. El peronismo son los monstruos también. Pero es cierto que Cortázar en *Las puertas del cielo* lo plantea de una manera muy denigratoria. De todos modos, prefiero los cuentos de Cortázar antes que *La fiesta del monstruo* de Borges y Bioy Casares, que es muy grosero. Como dice José Pablo Feinmann, cuando imitan el lenguaje de los obreros peronistas parece que está hablando Niní Marshall; en cambio Cortázar refleja bien la incomodidad que sentían los sectores medios y altos ante la irrupción del peronismo.

-Además en Cortázar aparece siempre esa figura de que él se siente incomodo, en cambio en Borges ese sujeto no está.

Cortázar es más autoconsciente y más sincero.

-Por eso deben ser mejores los cuentos. Borges en relación con el peronismo no sólo ha sido un gorila sino que tampoco ha tenido esa sutileza que caracteriza toda su obra. A propósito, hay dos críticas conocidas de Sábato contra Borges. Una está en *Sobre héroes y tumbas*, allí afirma que es un escritor que piensa demasiado en la forma. Esta observación ha quedado históricamente desechada. Pero aparece otra mucho más relevante cuando critica el artículo de Borges contra Martínez Estrada –del 56–, en el que Borges dice “basta de explicaciones con el peronismo; Perón es el mal y hay que condenarlo”. Sábato señala que Borges así renuncia a lo más interesante de toda su obra, porque él nunca tuvo esa visión monista. En sus textos el bien y el mal siempre están mezclados, el traidor y el héroe, el detective que es al mismo tiempo el culpable. Y ahí Sábato dice con ironía que no nos imaginamos que Borges ahora escriba una historia donde el almirante Rojas termine persiguiendo a Perón con su flota para descubrir que Perón era él mismo.

Agosto de 2009